

Hubo un escándalo... (Fragmento de una novela en preparación)

MANUEL ZENO GANDÍA
(1855-1930)

–**S**í, hubo un escándalo, un terrible escándalo. Cuando llegué a la Plaza de Baldorioty la vi llena de grupos que lo comentaban. Filos de lenguas cortaban el aire; hervían los corrillos; inquirían las miradas. ¿Ignorar yo lo que pasa? ¡No en mis días! Soy el hombre que lo sabe todo. Boileau lo dijo: lo que se concibe bien, se enuncia claramente.

Debo saber. En el más cercano grupo oí decir: al doctor Lutecio von Calder y a su hija Dulce María, los echaron del baile de los Salvatierra! No puede ser, no puede ser, me dije incrédulo. Von Calder es un sabio y su hija un ángel. Me acerqué a otro grupo. Repiten la estupenda noticia. Sí, los echaron del baile por que dijeron que tenían raja. ¿Cómo! ¿Gentes honrosamente admitidas en nuestros centros sociales, desconsiderados por orígenes más o menos puramente caucásicos? En otro corro afirmaron que como el doctor y su hija eran parientes de los **grifelis**... no les quisieron en el aristocrático salón.

Empecé a darme cuenta de que el hecho era cierto. Miré hacia la suntuosa morada de los Salvatierra allí situada. Al gran balcón sin techo abrían altivas puertas por las cuales viva iluminación enviaba a la noche su fulgor de hornalla. Algunas personas, desde el barandal, contemplaban el óvalo de parejas danzando allá adentro. Parecía que el ritmo timoneaba el conjunto.

En verdad digo que me pareció lánguida y desanimada la fiesta. Me dijeron que antes bullía alegremente, pero que el escándalo enfrió los ánimos.

Entonces pude enterarme de los detalles del suceso. Unidos a lo que tenga bien sabido de cosas de mi tierra y de mi gente, esos detalles me han hecho dueño de toda la historia.

Cuando salí de la plaza, me dije: ¡al casino!, y heme aquí. Sentía gran comezón gala de hablar del asunto. ¡Cuánto me place encon-

traros aquí a todos, a mis contertulios, a los muchachos, que así nos llamamos, acaso porque conocemos la frivolidad que inspira a veces nuestras pláticas!

Sí, ya lo sé: estáis maravillados con el escándalo; estáis ansiosos de conocer la verdad; y, claro, ¿quién mejor que yo, vuestro caro amigo Marcos Amable, el hombre que lo sabe todo, la sonda social de San Juan, quién mejor que yo, repito, podría informaros del raro suceso?

Pues aquí estoy. A vuestra orden, por supuesto, para decir la verdad, solo la verdad, que sin duda oiréis con la serenidad con que oyeráis explicar el binomio de Newton, aun cuando hubiera entre vosotros algún pariente o aiente de los Salvatierra.

Oídme, pues... Tengo al dedillo el presente y el pasado de todo el mundo. Don Fernando Salvatierra casó hoy a su hija Iris con el conocido joven Anselmo Nicolás de la Vertiente y Lanzagorta; y el baile fue preparado para celebrar la boda.

Don Fernando, a quien todo el mundo conoce por **el tuerto** (ojo de menos debido a una perdigonada según dicen ellos, pero yo no lo creo), casó con la muy empingorotada señora Doña Palimira Llanoverde y de Fafalla. Ricos por todos los rumbos, dieron a la publicidad seis hijos: Alegre, Yolanda, Iris, Casto, Donato y Fernandito.

Alegre, casó con un alemán y vive en Dresde. Yolanda viste tocas de viuda. Iris casó hoy. Casto, al frente de la gran colonia de cañas dulces de su padre. Donato a quien le ha dado por hacer versos modernistas de los cuales dicen los periódicos que son magníficos, pero a mí me han asegurado algunos de los periodistas, que no los entienden. Cuanto a Fernandito, es un muchacho todavía.

El baile empezó espléndido. Era tan compacto el grupo de parejas que de los globillos incandescentes de las arañas, apenas algún furtivo fulgor llegaba al pavimento. La elite de San Juan estaba allí reunida para llamar bonita a Iris y feliz al novio.

Habíanse hecho las invitaciones siguiendo listas rituales: listas de inevitables a recepciones de la Fortaleza, a los casinos, etc. Nadie tamizó el montón; a nadie ocurrió prever el peligro de prejuicios raciales. ¿Quién piensa aquí en eso?

El Dr. Von Calder, y su hija recibieron invitación. Tanto como yo les conocéis. El doctor es un filósofo, hombre de consejo, gran médico.

Todo el mundo reconoce su respetabilidad y su fama. Todo el mundo le debe algo; cuando no salud, favores. De los Salvatierra fue una columna. El abuelo Salvatierra murió en sus brazos. Casi todos los hijos de don Fernando nacieron con su auxilio de tocólogo experto. Dicen que gracias a él se sostiene en equilibrio la vida de don Fernando que está bajo la amenaza de una enfermedad crónica.

Sabéis todo esto, y también que von Calder es descendiente de un holandés que, vecinado en Santa Cruz de Barlovento, unió su estirpe a una cuarterona de Martinica, siendo de ellos hijo único. Y también, que hecho a fuerza de estudios hombre notable, casó aquí con otra criolla aparentemente blanca, pero cuyo origen la situaba en la frontera de dos razas.

Tuvo Von Calder una hija rubia, muy linda, de ojos azules. ¿Qué guapa es, verdad? Su prometido, Alberto Palma, pura estirpe caucásica, estaba con ella en el baile.

En este –repito– que estaba todo el mundo: la flor de nuestras bellas, la nata de nuestro medio social.

¡Oh, la fiesta era de humos! Centuplicaban el conjunto muros de espejos: calzaban los salones alfombras y cojines. ¡Y qué gentío! El elemento oficial, el elemento financiero, el elemento político; todos los elementos, flotando allí como en la atmósfera flotan esos otros elementos que suelen producir las tempestades.

Estaba allí Mister Nicemonrnig, el gobernador de la colonia: un señor de Oregón que fue allí contador de un banco y se casó con una sobrina del presidente del comité de asuntos insulares de la cámara de representantes de los Estados Unidos. La señora Nicemorning, la gobernadora, nacida en Richemon, estaba también.

Esposas y familias de magistrados, consejeros, banqueros, rentistas, etc. poblaban la casa. Estaba allí la señora Eleonora von Mark, esposa del tesorero de la colonia; un señor, este, nacido en Alemania y naturalizado en los Estados Unidos, al cual personaje entregaron desde Washington la regencia de los dineros de la antilla.

Y también la señora Clarisa Kapsfferkatt (por cierto, la gran rubia!), esposa del comisario de instrucción pública, un polaco naturalizado. Su misión era educar a Puerto Rico, enseñándole a chapurrar inglés y a olvidarse del castellano. Un soldado de fortuna ¿eh? Fue sargento

voluntario en el ejército invasor y luego maestro rural; ascendiendo después de unas elecciones continentales, a jefe de la enseñanza criolla.

Entre el gran señorío estaban Lisa y Anatolia Guilarte. La primera, divorciada de Tito Salmanta que casó después con la segunda. Ambas se llevan perfectamente y son comanditarias de la firma de que es gerente Tito. Y también Tatita Menacho, muy ufana porque es mujer de un director de Banco; y Leonor del Martín (gran capital el de su marido hecho con pactos de retroventas a cafeteros); y doña Isabel Pulgar a quien su marido llama **la doña**, muy rica en vacas lecheras aunque pobre en cultura, amiguísima de frases hechas y de extrangerísimos, de la cual se cuenta que equivocándose una vez, queriendo decir que pertenecía a la **high life**, dijo pertenecer a la **rough on rats**. Y Fulgencia Pdimel, Alicia Valts, Castillo, cucú, Pochín, Pepé, y Nené Reijas hermanitas muy lindas; y Elvira Zarzo, Livia Timón, Rosa Maroné, Luz Montaña, Florita Almenta. Ah!... y la viuda de Euscatibelza y su hijo Moncito; un larguirucho zangolotino, bobalicón, a quien se considera gran partido por el fortunón de shu mamá, no obstante lla-marle algunos criticones el perro del trío Alegría, del cual perro se dice,

que para ladrar tenía
que arrimarse a la pared...

¿Pero habré de detallaros uno a uno los concurrentes? Florecían allí jardines de hermosuras. El San Juan de buen tono lucía cultura y belleza.

Así empezó el baile. La música aportaba sus pizzicatos. Música de baile; de baile moderno, imitado, importado, no precisamente en latas como conservas alimenticias, sino en simias imitaciones de quien cubierto de bellas plumas, se despluma para vestirse las ajenas. Son bailables como sones martillantes, rozadores; como ruido de sierra de torno; como martilleo de percutor eléctrico. Como se pretende que la isla lo cambie todo hasta la piel, la clásica dulzura de las danzas va dejando su lugar a esa música de gesticulaciones y pataleos: verdaderos aires de can-can enmascarado.

Y con la música, el baile. Las gentiles, las caballerescas danzas deslizando sobre rimas de melancolía y arpegios de emoción, ya no

viven... Ahora viven en la música sonsonetes y en el baile espasmos. Tiene este tal grado de zanganería que parece cosa palurda y zafia.

Empezó, pues, el baile con chapoteo de lagar. No –como en mi tiempo, bailaban, los ensueños, los ideales, los sentimentalismos, las almas: bailaban los músculos, los gínglimos¹, los bíceps, las manos que agarran, las piernas que apuntalan los forzudos tendones de Aquiles trémulos en las sacudidas y tensos como cable de barco a remolque. La materia organizada, en suma, danzando y destruyendo la expresiva espiritualidad de la música y del baile.

Allá iban parejas y parejas empujándose, riendo, agitando cascabeles de alegría. ¡Cuánta felicidad! El baile y la noche hubiéranlos podido cantar los poetas como los cantara. Tácito: *noctem sideribus illustrem*.

¡Gran fiesta...gran fiesta! Pero, de pronto, fulguró un relámpago. Leve humillo es el principio del incendio, como leve rumor la génesis del escándalo. Viose un humillo, oyose un rumor, e irrumpió el alboroto y, ardió el incendio.

¿Qué había pasado? Alguien que no sabe tiene siete colores el iris; habló de la gente de color; volviéronse algunas caras; mil ojos cayeron sobre el Dr. Von Calder; y avanzando poco a poco, a diestra y siniestra, voló la noción terrible, y la estocada del orgullo fue en cuerpo y alma recibida por la gobernadora.

Palabreja silbada de oído a oído; gesto malicioso, aventando discordia; guiño malévolo propagando impiedad; codazos de perversa inteligencia; sonrisas crueles balanceándose en la ironía de los rostros; todo eso hizo el humillo y creó el alboroto.

Habíase la gobernadora fijado en que el doctor era pardo y palideció de toda palidez y se estremeció como al contacto de una punta de alfiler la sensitiva. Y, claro, con la emoción oficial se estremeció la colonia; y su corte republicana, y también el mundo...porque siempre de nuestros males pensamos que son tan grandes como el mundo.

Una saeta fue a clavarse, en la batalla, en el pecho de Alberto Palma, novio de la hija de von Calder. ¡Cómo! ¿Iban aquellas hablillas contra su futuro suegro? Pues ahora se vería! E inquiriendo aquí, un gesto,

¹ Gínglimo: articulación de los huesos que sólo permite el movimiento en dos sentidos. (Nota del editor.)

allá una frase más allá una risita montada en una reticencia, logró averiguarlo todo.

Y allí fue Troya. Alguien en voz alta tuvo la audacia de preguntar a von Calder que quién le había convidado. Y no contestó el interpe-lado. Contestó un bastonazo asestado por Palma al aire que, sin dar en ningún cuerpo, rompió la araña central del salón y dividió la con-currencia en dos iracundos bandos: uno a favor y otro en contra del respetable doctor.

El que más y el que menos de vosotros sabe lo que es un baile acabado a palos. A punto estuvo de serlo el de Salvaterra, pero como marcháronse los von Calder, continuó cariacontecido y tristón.

Y ahora ¿qué me decís? ¿Qué os parece? ¿Queréis que siga? ¡Cómo se conoce que me tenéis por hombre que lo sabe todo!

Estáis en estos momentos pensando si habría en el baile alguien que tuviera derecho a lanzar la primera piedra. No lo neguéis!

Sois demasiado jóvenes para sondar el pasado. ¡Ah! ¡Sí sobre el de mucha gente se arrojara una rayo de sol! ¡Si supierais!

Bueno, bueno... Bien sabía yo que mis palabras iban a encenderos la curiosidad; que me ibais² a imponer echar esa sonda para referiros cosas del tiempo viejo!

Está bien. Yo soy el hombre que lo sabe todo. Puedo exclamar como Voltaire: todo origen es pequeño.

Dadme un cigarrillo, y oíd.....

Dadme un cigarrillo, y oíd

... ..
... ..
... ..³

² A lo largo del texto, hemos actualizado la ortografía. En el momento de la publicación, Zeno Gandía utiliza los enclíticos con la acentuación correcta hacia finales de la década del veinte, del mismo modo que acentúa monosílabos como “fue”, “vio”, “di”, etc. (Nota del editor.)

³ Manuel Zeno Gandía, “Hubo un escándalo... [Fragmento de una novela en preparación]”. *Gráfico*, volumen I, número 5, junio 16 de 1927; pp. 11-12 y 42.